

"Ciudadanía como Cristianos"

Los padres fundadores de los Estados Unidos reconocieron el papel de Dios en el establecimiento y la prosperidad de América. George Washington dijo: "Ningún pueblo puede estar más obligado a reconocer y adorar la Mano invisible que dirige los asuntos de los hombres que el pueblo de los Estados Unidos. Cada paso con el que han avanzado hacia el carácter de nación independiente parece haber sido distinguido por alguna señal de la Providencia."

¿Podemos suponer que esta nación, con todas sus luchas, ha superado la necesidad de la ayuda de Dios? ¿Podemos tener paz y seguridad mientras rechazamos la moral del Señor? ¿Imaginamos que podemos prosperar mientras ignoramos la Fuente de toda bendición? ¿Podemos asumir que tenemos justicia mientras rechazamos la enseñanza del Dios de toda justicia? Cuando las naciones olvidan al Señor y viven según normas humanas, se privan de las bendiciones y la justicia que provee el camino de Dios. Empujar a Dios fuera de nuestras vidas es una decisión desastrosa. William Penn escribió en 1681: "Si no estás gobernado por Dios, serás gobernado por tiranos."

Nuestra lectura de hoy proviene de 1 Pedro 2:13–17, escrita en un tiempo en que la sociedad no respetaba a los cristianos, sino que los perseguía. Y Pedro les dio este consejo:

"Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey."

Esa sigue siendo la voluntad de Dios para nosotros hoy. Oremos juntos. Padre celestial, te damos gracias por Tu amor y porque nos muestras lo que es justo y bueno. Ayúdanos a vivir vidas buenas, no malas. A honrar lo recto y hacer lo correcto. En el nombre de Jesús, Amén.

Proverbios 29:2 dice: "Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; mas cuando domina el impío, el pueblo gime." No debemos imaginar que todas las personas son iguales. Hay una gran diferencia entre quien desea vivir correctamente aunque a veces peque, y quien se entrega al mal aunque a veces haga lo correcto. Los gobernantes malvados destruyen ciudades y naciones, mientras que los justos las bendicen. Los impíos no se conforman con su maldad, también desean arrastrar a otros con ellos. El Salmo 125:3 dice: "No reposará la vara de la impiedad sobre la heredad de los justos; no sea que extiendan los justos sus manos a la iniquidad."

Cuando los malvados gobiernan, abren la puerta a toda clase de males. Los gobernantes corruptos abusan de su poder con leyes que oprimen a los justos y usan fondos públicos en acciones que ningún justo aprobaría. ¿Cómo puede alguien que ama el bien apoyar a gobernantes que promueven el mal? Si creo que una práctica es moralmente incorrecta, no apoyaré su legalización. Tampoco votaré ni usaré mi influencia a favor de un candidato que haga lo que Dios condena. Si apoyo a un candidato impío, estoy consintiendo en su camino. ¿Cómo puedo amar a Dios y apoyar lo que es pecaminoso? ¿Cómo puedo tener hambre de justicia y al mismo tiempo respaldar la maldad?

Los verdaderos cristianos pertenecen al Señor. Le pertenecen en todos los aspectos de sus vidas. Es inconcebible que un ciudadano cristiano vote por alguien que apoya una plataforma que contradice los valores morales que profesa. Si elegimos personas que no tienen respeto por Dios, tendremos que vivir bajo sus decisiones y caminos impíos. Tertuliano animó a la minoría cristiana del imperio romano pagano del siglo II a ser el “alma” de su cultura. Dios necesita hoy cristianos que sean el alma y la conciencia de nuestra sociedad. Podemos provocar un cambio moral si estamos dispuestos a hablar contra el mal. La mejor manera de derrotar al diablo es exponer su maldad. Los cristianos, demasiadas veces, han retrocedido en silencio y han dejado que el mal avance sin oposición.

Edmund Burke, político del siglo XVIII, dijo: “Todo lo que se necesita para que el mal triunfe es que los hombres buenos no hagan nada.” Muchos cristianos han silenciado tanto su voz que lo único que se escucha es a los impíos pidiendo más impiedad. Nos estamos destruyendo al permitir que los impíos avancen sin oposición. No hablamos así por odio hacia nadie, sino por amor a Dios, a nuestros hijos y nietos, y a nuestros vecinos. No es fanatismo tener hambre de justicia ni amar la verdad. Es patriotismo desear lo que es bueno y correcto

¿Hemos olvidado que Dios es el Juez de todas las naciones? Cada nación es responsable ante Él. El Señor dijo en Jeremías 18:6–10: “¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles. Y en un instante hablaré de la gente y del reino para edificar y plantar; pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerles.

El Señor ha sido testigo de la impía falta de respeto de nuestro país por la santidad de la vida, la santidad del matrimonio y la santidad de la pureza moral. Nuestro lenguaje se ha vuelto profano, y nuestra nación está llena de hijos de padres no casados. Mientras más alejamos el camino de Dios, más vacíos, desesperanzados y depravados nos volvemos. La Palabra de Dios aún dice en Proverbios 14:34: “La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones.” Nuestros pecados como nación son vergonzosos, y no sentimos vergüenza. Hemos olvidado lo que es sentir pudor; y nuestras conciencias se han endurecido.

La gracia de Dios debe motivarnos a vivir vidas piadosas y justas, no a eliminar los estándares de moralidad cristiana. Tito 2:11–12 dice: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.” ¿No deberíamos estar tan agradecidos por lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz que decidamos apartarnos del pecado?

Hoy nuestras leyes permiten que prácticas impías llenen la nación. Ya no valoramos la santidad de la vida ni la santidad del matrimonio tal como lo define la Palabra de Dios. Hemos reemplazado estos valores por principios humanos que corrompen la moralidad en nuestros hogares. Hemos hecho de la tolerancia de todo, sea bueno o malo, una especie de virtud. Pero no lo es. Al tolerar el mal, nuestra sociedad se ha vuelto intolerante hacia Dios mismo y hacia lo que Él enseña. Muchos se han vuelto

intolerantes de los valores de Dios revelados en la Biblia. No toleran lo que Dios dice sobre los no nacidos, a quienes Él considera personas en el Salmo 139, Jeremías 1 y Gálatas 1. Tampoco toleran 1 Corintios 7:2, que dice que “cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.”

Muchos viven hoy como en los días de los Jueces de Israel. Jueces 21:25 dice: “En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.” Hoy, las personas han sacado a Dios de su pensamiento y viven según sus propias normas. Creer que podemos vivir bajo nuestras propias reglas es popular, pero también es destructivo, tanto moral como espiritualmente. Si lo que las personas piensan determina lo que está bien o mal, entonces la verdad, la paz y la moralidad se pierden en la confusión.

La razón humana, cuando sigue su propio camino, conduce a la sociedad a hacer cosas indescriptiblemente horribles. Los hombres impíos encontrarán maneras de excusar y justificar cada deseo malvado y cada pecado. Jeremías 17:9 dice: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” Algunos exigen la libertad de hacer lo que les plazca, y no les importa a quién lastimen. Cuando hombres malvados, sin conciencia ni temor de Dios, gobiernan en la sociedad, conducen a las personas lejos de la esperanza y de la justicia.

Proverbios 14:12 dice: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte.” El profeta Jeremías escribió en Jeremías 10:23: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.” Necesitamos la sabiduría y la guía de Dios. Las personas pueden pensar que son lo suficientemente sabias como para elegir su propio camino; pero cualquier camino sin Dios inevitablemente terminará en ruina. Aquellos que rechazan la sabiduría de Dios se hacen daño a sí mismos y a sus hijos.

Dios dijo por medio del profeta Oseas en Oseas 4:6: “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos.” ¡Ay! Cuando nos volvemos contra Dios, privamos a nuestros hijos de la oportunidad de conocer a Dios, Su santidad y Su justicia. Los dejamos en oscuridad espiritual y confusión.

Los libros de Reyes y Crónicas del Antiguo Testamento nos dan un comentario sobre la vida espiritual de los reyes de Israel y Judá a lo largo de siglos. Dios ató la prosperidad de la nación directamente a la devoción del rey y del pueblo. Cuando el rey y el pueblo seguían a Dios, Él los prosperaba. Pero cuando el rey y el pueblo desafiaban a Dios, traían dificultades y cautiverio sobre sí mismos. Si hoy echamos a Dios de nuestras vidas, ¿cómo podemos pensar que Él nos bendecirá? ¿Cómo podemos imaginar que Dios nos prosperará?

El carácter y la devoción a Dios importan en nuestros líderes. Jetro, suegro de Moisés y sacerdote de Madián, le dio a Moisés un consejo valioso. Moisés se estaba desgastando con sus deberes y necesitaba ayuda para gobernar al pueblo. Entonces Jetro le instruyó: “Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez” (Éxodo 18:21). Jetro sabía que Moisés necesitaría hombres de buen carácter para gobernar al pueblo.

Estos hombres debían ser personas que los demás respetaran y siguieran. Debían “temer a Dios”. Y temer a Dios significa que toman a Dios y Sus leyes en serio. Obtienen su sentido del bien y del mal de Dios, no de encuestas de opinión. Estos hombres de integridad rechazan ser comprados con sobornos. Moisés necesitaba hombres así para ayudarlo a gobernar al pueblo con justicia y honestidad. Y todavía hoy necesitamos funcionarios capaces que teman a Dios y tengan integridad.

Proverbios 25:19 dice: “Como diente roto y pie descoyuntado es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia.” Todos hemos sido decepcionados por funcionarios corruptos que han traído vergüenza a nuestras ciudades, estados y nación. No se puede confiar en un hombre de carácter bajo. Un hombre que muestra mal carácter en lo privado también lo mostrará en lo público. El Señor Jesús dijo en Lucas 16:10: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.”

Algunos dicen que un hombre piadoso o un cristiano nunca debería servir en el gobierno. Pero José sirvió como segundo después de Faraón, y David fue rey de Israel. Dios usó a Moisés para sacar a Su pueblo de la esclavitud y construir una nueva nación. Los Diez Mandamientos son tanto leyes religiosas como sociales, sobre las cuales se fundó la nación de Israel. Esdras fue un judío en el gobierno persa. Nehemías sirvió como autoridad ante el rey para reconstruir el muro de Jerusalén. Nabucodonosor nombró a Daniel gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. Daniel también sirvió como comisionado ante el rey Darío de toda Persia. Ambos reyes, Nabucodonosor y Darío, eran paganos, pero Daniel vivió una vida justa y fue respetado por su fe. La reina Ester arriesgó su vida para influenciar al rey Asuero de Persia, quien reinaba desde la India hasta Etiopía. Pablo menciona a Erasto, tesorero de la ciudad de Corinto, en Romanos 16:23. Así que, a lo largo de los años, personas piadosas han servido como funcionarios públicos.

Los profetas del Antiguo Testamento llamaban a naciones y ciudades a arrepentirse de su maldad. Cuando el pueblo rechazaba a Dios y abusaba de sus semejantes, Dios lo notaba y castigaba a los impíos. Dios dijo por medio de Amós: “Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” (Amós 5:24). Ah, necesitamos alejarnos del mal y volvernos a la justicia.

¿Y por qué todo esto importa? Pues bien, aquí está la razón: cuando las personas votan y apoyan a los malvados, en realidad están tomando una postura contra Dios. En 2 Crónicas 18 se cuenta cómo un buen rey, Josafat, se alió con un rey malvado, Acab, para luchar contra un enemigo. Entonces, Dios envió a un profeta que dijo en 2 Crónicas 19:2: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto.”

Si voto y apoyo a una persona malvada que no se opone al pecado, ¿no estoy diciendo con mis acciones que yo tampoco me opongo al pecado? Si no doy mi voto a personas temerosas de Dios, te aseguro que los impíos ocuparán el cargo. Mi falta de acción para votar por lo correcto puede permitir que un malvado gobierne. “Todo lo que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada.”

Oremos juntos. Padre celestial, te agradecemos que nos hayas dado un país en el que podamos emitir nuestro voto y usar nuestra voz para lo que es bueno y correcto. Oramos, Padre, para que en los días venideros hombres piadosos puedan servir en puestos de liderazgo. Ayúdanos, Padre, a apoyar la piedad. En el nombre de Jesús, amén.

Algunos cristianos no votan porque creen que su voto no hará diferencia. Pero en 1839 un solo voto eligió a Marcus Morton como gobernador de Massachusetts. En 1868 un solo voto salvó al presidente Andrew Johnson de ser destituido. En 1876 un voto le dio la presidencia de los Estados Unidos a Rutherford B. Hayes. Un solo voto puede importar muchísimo. Debemos ejercer nuestros privilegios con sabiduría para apoyar lo que es correcto y bueno. Debemos dejar brillar nuestra luz por medio de elecciones sabias y piadosas. Tenemos el privilegio de elegir líderes temerosos de Dios. Aprovechemos ese privilegio.

Los cristianos, antes que nada, son ciudadanos del cielo. Y debemos nuestra lealtad al Señor Jesús. Filipenses 3:20–21 dice: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” La ciudadanía celestial es un privilegio y una bendición; no debemos tomarla a la ligera. La mejor decisión que puedes tomar es seguir a Jesucristo. ¡Hazlo hoy!

Para convertirte en ciudadano del cielo, cree en Jesucristo con todo tu corazón. Arrepíentete de tus pecados; no puedes caminar con Dios y con el diablo al mismo tiempo. Confiesa a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. La confesión es una declaración pública de tu decisión de seguir a Jesús. Y bautízate en agua para el perdón de tus pecados. El bautismo en Cristo es una inmersión en agua, y es el momento en que nuestros pecados son lavados y nos convertimos en cristianos. Cuando somos bautizados, el Señor nos añade a Su iglesia y nos hace Sus hijos. ¡Oh, todos necesitan ser ciudadanos del cielo! ¡No esperes otro día! Ven al Señor.